

Observaciones sobre el concepto de modernidad

Remarks on the concept of modernity

Wolfgang Knöbl

Instituto de Hamburgo de la Investigación Social

Traducción de Celso Sánchez Capdequí

RESUMEN

Términos sociológicos como “modernización”, “sociedad moderna”, “modernidad” o “modernidades” topan siempre con problemas teóricos ya que todos ellos son, en palabras de W.B. Gallie, “conceptos esencialmente contestados”. A pesar de buscar la esencia de esos conceptos, las humanidades y las ciencias sociales tienen que analizar el modo en que se emplean como “conceptos de lucha”, como herramientas conceptuales destinadas a la consecución de los objetivos políticos propios.

PALABRAS CLAVE: modernidad, cultura, ciencia social, secularización y poder

ABSTRACT

Sociological terms like “modernization”, “modern society”, “modernity”, or “modernities” always run into theoretical problems since they all are – in words of W.B. Gallie – “essentially contested concepts”. Instead of searching for the essence of all these terms, the humanities and social sciences rather ought to analyse how they been used as “kampfbegriffe”, as conceptual tools designed for promoting one’s own political aims.

KEY WORDS: Modernity, culture, social science, secularization and power

Movido únicamente por el deseo de contemplar un lugar relevante por su altitud, hoy he ascendido al monte más alto de la región, que no sin razón llaman ventoso (Petrarca 2010: 5).

La descripción epistolar de Francesco Petrarca sobre la ascensión efectuada junto a su hermano al Mont Ventoux en el año 1336 ha sido interpretada por algunos historiadores como un acontecimiento que dio inicio al Renacimiento. En particular, Jacob Burckhardt elevó a categoría de monumento este hecho del ascenso a la montaña. A sus ojos el asalto a la cima de Petrarca es, sin duda, expresión de una transformación en la visión y la vivencia en la medida en que en la descripción arriba mencionada se contempla una naturaleza desculpabilizada y despojada de elementos demoniacos, que, con motivo de estos nuevos rasgos que se le atribuyen, puede ser apreciada, por primera vez, atendiendo a su belleza inútil (Burckhardt 1997: 294 ss). Una época comienza, ¡el Renacimiento!

En este caso, el tema de esta contribución no es el “Renacimiento”, sino la “modernidad”, y, por ello, pudiera suponerse que la referencia a la carta de Petrarca antes que acercarnos al tema nos aleja de él. No es así, ya que la ascensión del Mont Ventoux jugó un papel destacado en los debates sobre la filosofía de la historia y desde aquí hasta el debate sobre la modernidad la distancia no es tan significativa. Fue el filósofo americano Arthur C. Danto el que en su libro publicado en 1965 y considerado de gran influencia, *Analytischen Philosophie der Geschichte*, se detuvo en este suceso histórico para convertir algo, en sí mismo intrascendente, en un punto teóricamente relevante, en concreto, en el de que las frases históricas no siempre deben ser verificadas.

El hermano de Petrarca fue testigo de cómo éste realizó esa ascensión al Mont Ventoux. Los historiadores podrían decir que él, con su ascenso al Ventoux, había inaugurado el Renacimiento. Sin embargo, su hermano no puede convertirse en testigo de la inauguración del Renacimiento por obra de Petrarca. Difícilmente pudo haber asistido al acontecimiento desde el punto de vista de esta descripción y ello, no porque su capacidad de percepción fuese deficitaria, sino simplemente porque nunca podría haber entendido semejante descripción en aquel momento. No podía conocer, por aquel entonces, todo lo que se habría de ver en el futuro y, más aún, ni lo que los historiadores relatarían posteriormente sobre el significado de lo que él

había contemplado. ¿Qué experiencias le podían confirmar en ese momento la frase: Petrarca inaugura el Renacimiento? No quiero plantear ninguna conjetura. En su lugar diría que una frase de ese tipo, aunque hoy en día me atrevo a suponer que tenga sentido en la forma de un pasado que se corresponde con el acontecimiento al que se refiere, hubiera sido en aquel momento casi un sinsentido. En definitiva, no hay experiencias que confirmen esa frase (Danto 1980: 106).

Danto concluye que existen “descripciones verdaderas de acontecimientos (Ibíd., 107), que no pueden ser probadas pero que, al mismo tiempo, son enormemente convincentes. Sin embargo, ¿qué relación existe con la “modernidad”?

En principio, escasa, en particular, porque la vía de argumentación planteada apenas sorprende; Danto únicamente efectúa un ejercicio de acotación que realizan los científicos adscritos a las ciencias del espíritu y sociales cuando definen sus objetos o señalan – en el ejemplo concreto – los límites de las épocas. Hacen esto en referencia a acontecimientos o fenómenos concretos: las primeras formulaciones o huellas de un nuevo fenómeno, como el de “capitalismo racional”, o de una nueva época como la de la “modernidad”, son caracterizadas como ejemplares o indicadoras del futuro aun cuando los contemporáneos no eran conscientes de estos acontecimientos o fenómenos en su significado concreto, como en el caso del joven Calvino que no pudo contemplar el surgimiento del “capitalismo racional”, ni el de los defensores de Galileo, que tampoco pudieron asistir al comienzo de la “modernidad”. Weber ya había descrito el proceso de formación conceptual de las ciencias sociales refiriéndose a que los investigadores construyen un “*individuo histórico*”, así mismo crean un “complejo de conexiones en la realidad histórica”, que la ensamblan “conceptualmente a una totalidad bajo el punto de vista de su *significado cultural*” (Weber 1988: 30). Lo que Weber quiere poner de relieve, en esta primera aproximación, es que la formación de los conceptos de la ciencia histórica y las ciencias sociales está impregnada siempre y necesariamente por el contexto social y cultural del analista (posterior), de la analista (posterior).

Desde luego, menos claridad ofrecerá, tanto para él como para Danto, el punto que en mi contribución juega un papel destacado y que ahora remite directamente a la discusión sobre la modernidad, en particular, al hecho de que la problemática se agrava una vez más, o bien surge una problemática totalmente novedosa cuando los/las analistas intentan definir aquellas épocas, que *pertenecen por sí mismas a su propia autocomprensión*. ¿No ocurre lo que -

siguiendo en la terminología de Danto– pudiera expresarse de la siguiente manera bajo la forma interrogativa retórica? “Cuando nos definimos como modernos a nosotros mismos y a nuestra época, ¿no nos pierde la *hybris* de querer ser más inteligentes y previsores que el hermano de Petrarca, que pudo asistir al ascenso a la montaña pero no al comienzo de una nueva época?” Formulado de otro modo, ¿no es el intento de delimitación temporal del (hace poco tiempo transcurrido) Renacimiento emprendido por Buckhardt en el s.19 un tratamiento totalmente distinto al de los actuales esfuerzos de una definición de la “modernidad”, de la que la mayoría de los investigadores e investigadoras afirman que pertenecen a la misma?¹.

No tengo respuesta concreta a estas dos preguntas, pero quiero aclarar aquí que tan intensos debates en torno a la modernidad son poco fecundos y, a mi juicio, difícilmente se alcanzará un consenso sobre la formación de estos conceptos. Para fundamentar esto, quiero articular mi contribución en dos partes. Primeramente, me gustaría ofrecer una visión de conjunto ampliada a lo histórico y lo conceptual sobre el discurso sociológicamente diferenciado en el entorno del concepto de modernidad. Aquí se mostrará que todos los intentos de definición (sociológica) conducen a dificultades considerables y, de igual modo, irresolubles. Sin embargo – y esto debe constituir el punto central de la segunda parte de la contribución – los debates en torno a la “modernidad” no acabarán de manera inmediata porque “modernidad” es un “concepto esencialmente contestado” (W.B. Gallie), un concepto del que, a causa de su anclaje normativo y su simultánea imprecisión conceptual, puede excluirse que el debate en torno a su significado desemboque en consenso.

Siguiendo a Klaus Lichtblau, la “modernidad” no era antes del final de los años 80 el lugar central de la discusión intelectual – al menos, no en el contexto

¹ Puede confundir, sin duda, cuando, por un lado, se constata como los historiadores y las historiadoras discuten sin miramientos el carácter laxo de las periodizaciones epocales (en el debate sobre la “Edad Media” compárese recientemente Bernd Schneidmüller (2011: 24 ss); en el debate en torno a la “Primera modernidad”, ver Randolph Starn (2002: 296-307)), y cuando, por otro lado, se observa a los sociólogos y las sociólogas como, con una gran naturalidad, trazan otras fronteras entre “modernidad clásica”, “tardomodernidad”, “postmodernidad”, “primera modernidad”, “segunda modernidad”, etc. A la vista de esta autoseguridad sólo cabe esperar encarecidamente que los historiadores y las historiadoras del siglo 25 también confirmen estas periodizaciones sociológicas. – En última instancia esta autoseguridad es expresión de una comprensión de la historia que cree conocer el final de la historia y, por ello, no puede considerar problemático un juicio tan concluyente.

alemán. Además, ni Ferninand Tönnies y Max Weber, ni Georg Simmel y Ernst Troeltsch, utilizaron el concepto, sino que, en su lugar, hablaban de “edad moderna”, “espíritu moderno” (Lichtblau 1996: 36-39). El discurso sobre la modernidad, en el sentido de la descripción de una época global, fue soslayado porque los llamados sociólogos o los intelectuales de cariz sociológico, que se remitían a macroprocesos que describían, por ejemplo, como “socialización”, “burocratización”, “desencantamiento”, “diferenciación”, “individualización”, “racionalización”, no estaban seguros de las consecuencias sociales y culturales de envergadura que tendrían todos estos procesos. Aunque Max Weber intentó transmitir la impresión de que la “racionalización” avanzaría con enorme consistencia y sin descanso, aunque su expresión de “jaula de hierro” (Weber 1988: 8) debió generar furor, él y sus colegas eran escépticos respecto a que esto conduciría a una forma ciertamente homogénea que pudiera definirse como “modernidad” o “sociedad moderna”.

La mayoría de los sucesores de Max Weber, ante todo sociólogos y sociólogas, que han escrito tras la segunda guerra mundial, abandonará este escepticismo de manera relativamente rápida. Se acuñaron conceptos como “modernización”, “sociedad moderna”, “modernidad” y, por último, “modernidades” (¡en plural!), pero todo ellos tuvieron que afrontar enormes problemas teóricos y conceptuales. Me quiero ocupar de ellos a continuación:

1. Ante todo, del de “modernización”: A primera vista no se considera que con este concepto, que se convierte en concepto de moda² desde finales de los años 50, su creador hubiera intentado poner en común y *sintetizar* esos conceptos procesuales, de los cuales ya se ha hablado con anterioridad, es decir, los de “burocratización”, “diferenciación”, “individualización”, “racionalización”, “secularización”, etc. De hecho, esto fue, en un sentido muy amplio, un paso osado por no decir temerario. Así las cosas, se aceptó sin pruebas empíricas precisas (a menudo los escritos de los clásicos debieran servir como justificantes) no sólo que los procesos individuales son, de hecho, también consistentes y duraderos; también se dio por supuesto que estos procesos individuales muy diferenciados se afianzaban paralela y recíprocamente, cuando no se dirigían con intensidad (es decir, no se contrariaban ni se estorbaban) hacia una meta, precisamente, la “sociedad moderna”. Aunque la crítica normal y adecuadamente justificada a la teoría de la modernización, esto es, basada en las premisas etnocéntricas, hubiese sido dejada a un lado, hubiera sido muy claro de antemano, a la vista de esto último supuesto altamente improbable, que las

² Compárese para una pequeña visión de conjunto, Wolfgang Knöbl (2003: 96-107)

declaraciones sobre este particular se exponían rápidamente a un intenso cuestionamiento empírico. En el marco de esta crítica realmente asentada – dicho sea de paso – también debiera llamar la atención, con el paso del tiempo, la forma llamativamente contradictoria de una teoría que, por un lado, se consideraba a sí misma con el poder de describir siempre más consistentemente los procesos *acelerados de cambio social*, pero, por otro lado, aceptaba también con menos consistencia, la existencia de un objeto fijo al que todo se dirige, en concreto, ¡la “sociedad moderna”! (Mergel 1997: 217)

2. Pero no sólo el concepto de la “modernidad” tenía sus problemas – de manera poco sorprendente –, de igual modo el de la concretamente llamada “sociedad moderna”. No estaba claro en la acuñación del concepto, rápidamente impuesto y ampliamente difundido en la actualidad después de 1950, a qué se remitía con precisión el adjetivo “moderno”: si Inglaterra y Gran Bretaña en el siglo 17 o 18 pueden ser concebidas como la “primera sociedad moderna”, también todavía hoy se trata de sociedades manifiestamente “modernas” (Beier, Cannadien y Rosenheim eds. 1989); si los Estados Unidos de América tanto en 1945 como también en 2011 eran o son “modernos”, entonces queda claro que el atributo definitorio “moderno” podría no ser de especial ayuda en el contexto de los análisis orientados *diacrónicamente*. Y peor aún, incluso dentro de los trabajos *sincrónicamente* articulados este atributo ha sido, a buen seguro, desacreditado gracias al uso de incontables caracterizaciones alternativas. Autodescripciones de las sociedades “modernas” occidentales, también descripciones de sociedades occidentales a través de sociólogos/sociólogas occidentales, operan con frecuencia con conceptos como “sociedad de clases”, “sociedad de industrial”, “sociedad del riesgo”, “sociedad del conocimiento”, “sociedad de la organización”, “sociedad de masas”, “sociedad de redes”. El uso creciente de semejantes conceptos diferenciados y, también, ciertamente imprecisos, es un poderoso indicador de que apenas existe consenso para la descripción de los procesos nucleares en las sociedades modernas. Si así son las cosas, entonces cabe preguntarse qué se obtiene, por lo general, con el uso del concepto de “sociedad moderna”, en particular, en este caso en el que el atributo “moderno” pueda no ser más que la síntesis o sumatorio de otros atributos, pero igualmente imprecisos. ¿Es “moderno” un tipo de supraconcepto que abarca descripciones como “clase”, “industria”, “riesgo”, “conocimiento”, “organización”, “masa”, “red”? Y si esto debiera ser así, ¿cómo podrían ponerse en relación unas con otras estas descripciones individuales, de modo que daría lugar a una cualidad, que pudiera definirse como “moderna”? Todo esto permaneció y permanece sin respuesta, no se hicieron intentos de vencer estas inconsistencias, por eso difícilmente se

puede disipar la sospecha de que el atributo “moderno” simplemente deba encubrir el error de las afirmaciones precisas.

3. El concepto “modernidad” (¡en singular!) encierra, en principio, las mismas dificultades que el de “sociedad moderna” – si bien, aquí existen, al menos en parte, intentos aparentemente fecundos de superarlas. Como concepto que asume para sí el propósito de describir una época en conjunto y – en ocasiones – el mundo en su totalidad, se debe responder primeramente a la pregunta referida a los orígenes temporales y espaciales de aquellas estructuras definidas como “modernas”. ¿Cuándo comenzó la “modernidad”? ¿En qué época de la expansión europea o – mucho más después – con la Ilustración europea? Y, a continuación, ¿fue Europa únicamente la que inventó o produjo estas supuestamente nuevas estructuras o, así mismo, se descubren en otras regiones del mundo, como recientemente se ha afirmado con más frecuencia por parte de los historiadores de la globalización? ¿Y qué era esto, en concreto, realmente nuevo, también “moderno”? ¿Fueron decisivas las instituciones a este respecto, o las ideas, los sistemas de creencias, las ideologías?

Los intentos de una descripción *institucional* de la “modernidad” tienen, por lo general, el problema casi aparentemente irresoluble de que se deben remitir a un diseño específicamente institucional que tiene que valer como “moderno”. Aquí son previsibles casos etnocéntricos, ya que no es sólo que se deban distinguir como “modernos” instituciones aisladas, sino que se habla de la “modernidad” del conjunto de *constelaciones* de instituciones diferenciadas. Pero ya en instituciones individuales, *aisladas*, los sociólogos y las sociólogas concluyen ante este asunto en simplificaciones teóricas: ¿qué pensar cuando nos dicen los sociólogos de la familia que las estructuras familiares, que en otros tiempos se describían como “premodernas” y, con ello, disfuncionales, pueden describirse, entretanto, como “modernas” y funcionales? Y como es sabido aparecen también estados con capacidad de acción y/o estados del bienestar occidentales que, todavía hace pocos años, han sido definidos por ideólogos/as neoliberales (y nutridos sectores de la sociología lo han reproducido con mucho gusto) como expresión de concepciones políticas pre-modernas, pero tras las crisis financieras ya no son concebidos como “pre-modernos”. Se encuentran por doquier ejemplos de este tipo en los que no se dice nada sobre las *constelaciones* de las instituciones diferenciadas. Pero aquí ya se puede extraer la conclusión de que, hoy en día, para una ciencia como la sociología, que en cuanto a su capacidad de pronóstico debiera ser algo más modesta que en los años 60 y 70, es extremadamente arriesgada la tarea de definir complejos institucionales como

“modernos” y descalificar a otros como “no-modernos”, por ello también el discurso de la “modernidad” es todo lo opuesto a aporético.

Si, a pesar de ello, teniendo en cuenta todos los riesgos y problemas, no se quiere prescindir de semejante forma de definición institucional, podrían diferenciarse posiblemente las siguientes formulaciones o tipos de “modernidad” – como lo ha mostrado ejemplarmente a Peter Wagner a mitad de los años 90 en su *Sociología de la modernidad*. En primer lugar, reflexionando desde el punto de vista de la organización histórica y sociológica, Wagner diferencia entre la modernidad liberal del s.19, una modernidad rápidamente organizada en la primera mitad del s.20 y, posteriormente, una crisis de la modernidad organizada (Wagner 1995). La representación de Weber, a mi juicio, es el mejor intento de interpretación institucional de la “modernidad”, pero transita por una dificultad ya mencionada, la del caso del etnocentrismo, porque su modelo remite en todo caso a Norteamérica y Europa Occidental y es difícilmente fructífera para otras partes del mundo.

En los últimos años Wagner (Wagner 2001; 1999: 449-458) ha extraído consecuencias y, con ello, ha propuesto otros acercamientos a la “modernidad” – con lo que nosotros nos encontraríamos en las descripciones *teórico-culturales* de la época. Apoyado en muchos de sus argumentos en reflexiones que ya fueron desarrolladas decenios atrás por John Dewey, Wagner caracteriza la modernidad con la expresión “ausencia de certezas” (“*absence of certainties*”), de modo que expresa el convencimiento de que no existe una base segura y necesaria con referencia a la cual pudiera definirse concluyentemente la forma institucional de la “modernidad”: la enorme dinámica que se abrió paso en la era de la “modernidad” no cursó – siguiendo a Wagner – en una dirección clara y unitaria porque era posible un amplio abanico de reacciones diferentes ante esas incertidumbres – reacciones, que incluyeron una búsqueda científica de la certeza, la celebración postmoderna de esta incertidumbre, hasta los intentos fundamentalistas de poner diques a esta incertidumbre con medios teológicos. Y si, frente al intento de definición teórico-cultural de “modernidad” de Wagner (y, a mi juicio, las interpretaciones propuestas por Harmut Rosa y Andreas Reckwitz no se encuentran a mucha distancia), no se puede blandir fácilmente el reproche de etnocentrismo, perdura, sin duda, el problema de que debe responderse, en algún momento, a la pregunta por el “dónde” y el “cuándo” de esta pérdida diagnosticada de seguridad en esta época definida como “moderna”. Todo intento de definir la modernidad sobre la base del empleo de conceptos y metáforas preponderantemente teórico-culturales puede ser *el primer paso* de cara a un análisis sociológico-histórico, ya que se sabría finalmente cuándo

habrían surgido ciertas estructuras y constelaciones institucionales en relación (¿causal?) con esta pérdida de las certidumbres en la modernidad. Con ello, de nuevo, se rechaza inevitablemente un diseño interpretativo institucional y, de este modo, pueden afrontarse todos los denominados problemas que he definido anteriormente de difícil solución: se puede hablar de diferentes “culturas del sujeto” (Reckwitz) desplegadas temporalmente en la “modernidad”, aunque permanecen con la vista puesta en la fundamentación de la interpretación institucionalista de la modernidad de Wagner, que – en todo caso - remite, en mayor medida, a Norteamérica y a Europa occidental (Reckwitz 2006: 283); se puede hablar como Rosa de “aceleración” (Rosa 2004), de modo que, con ello, debe confiarse encarecidamente, entre otras cosas, en que la diferencia funcional es, de hecho, uno de los generadores de aceleración decisivos³ y que pueden descubrirse puentes institucionales con los que hacer realmente comprensibles las diferentes fases de la “modernidad” (así, de la “modernidad clásica a la “tardomodernidad”).

4. Entretanto, el concepto de “modernidades” (¡en plural!) se ha convertido en algo de uso común que promete poder evitar, al menos, alguno de los problemas de los tres conceptos recientemente examinados. Por razones de espacio, aquí sólo quiero discutir la propuesta de *las modernidades enredadas* (“entangled modernities”) (Randeria 2002: 284-311; Therborn 2003: 293-305; Subrahmanyam 1997: 735-762), que, con toda probabilidad, podrían llamar más la atención en el ámbito de las ciencias de la literatura que el concepto de modernidades múltiples de Shmuel Eisenstadt (Eisenstadt 2000). La expresión *modernidades enredadas* intenta hacer frente, de antemano, a todos los peligros etnocéntricos, sin embargo recuerda que sólo escasos desarrollos históricos, tampoco los de la modernidad europeo-americana, han tenido lugar de manera aislada y sin procesos de interacción y de intercambio con otras regiones del mundo. La “modernidad” no es sólo exclusivamente europeo-americana; antes bien, muchas regiones habían contribuido a esta “modernidad”, por ello tiene sentido en correspondencia hablar también de “modernidades” diferentes (¡en plural!). Por lo demás, la referencia a *entanglements* puede definirse, a buen seguro, como una nueva perspectiva de investigación de interés, pero, en menor medida, como un paso con el que superar los problemas ya mencionados en la

³ Me parece problemático que el *resultado* de un proceso – en concreto, el de la diferenciación funcional, del que nadie afirmaría que habría de ser considerado con un tipo de movimiento *causal* – pudiera considerarse, en última instancia, en el edificio teórico de Rosa como uno de los mecanismos irrenunciables en la explicación de la aceleración.

discusión sobre la modernidad: ya que lo que debe ser la forma de la “modernidad” específica en estas “modernidades” (i) nunca es correctamente aclarado por los/las representantes de la idea de *entanglement*. Añadir que los protagonistas en la discusión se muestran remisos en referencia a las afirmaciones teóricas sobre los procesos institucionales o culturales en diferentes partes del mundo⁴. El atributo *entglanted* no ofrece, en sí mismo, información sobre qué partes y regiones del mundo fueron y son acopladas masivamente y qué otras en menor grado, de modo que pudieran extraerse conclusiones acerca del número de modernidades diferentes de las que se puede hablar con sentido. Si se habla de una pluralización del concepto de modernidad, a una le gustaría conocer cuántas modernidades hay y cómo se diferencian y se relacionan y se han relacionado. Aún hay expresiones universalizables sobre las consecuencias a las que han conducido diferentes relaciones de interacción e intercambio, sobre los efectos del imperialismo violento en comparación con la transferencia cultural o la simple acción económica (Burke 2000). Mientras sobre esto no tengamos ante nosotros generalizaciones, los sociólogos y las sociólogas reclamarán, con razones fundadas, afirmaciones institucionales y teórico-culturales, es decir, afirmaciones que den razón de por qué se puede definir como “modernas” estructuras sociales y modelos culturales en determinadas regiones del mundo y las formas de interacción desplegadas entre ellas, en las cuales existían los conceptos de modernidad discutidos anteriormente con todos sus problemas por resolver. Formulado de otro modo: el debate en torno a las “modernidades” (en plural) retorna inevitablemente a la engorrosa discusión sobre la “modernidad”.

El debate sobre la modernidad vuelve, una vez más, a los mismos lugares de partida, remite, como siempre, a los mismos problemas, por ello, a mi juicio, se equivoca seriamente en el propósito de reconocer el carácter significativo de todos estos esfuerzos teóricos que reinciden constantemente dentro de la sociología. Tal vez hay que reconocer – y probablemente arroje luz el presente enfoque - la fecundidad de estas controversias en otras disciplinas, como en las ciencias de la literatura⁵. Pero, a continuación, la pregunta que interesa debe ser

⁴ Un buen ejemplo de esto es Lake y Reynolds (2008). Esta referencia literaria se la debo a Sebastian Conrad.

⁵ Desde luego, se puede ser escéptico al respecto del rendimiento de estas controversias, al menos, cuando se ve el debate que tiene lugar actualmente en las ciencias de la historia. Consultar la mesa redonda del *American Historical Review* sobre el tema “Historians and the Question of “modernity” en *The American Historical Review* (AHR), 116 (2011), pp.631-751.

por qué generalmente el debate *sociológico* resulta tan inconcluyente, por qué nunca acaba, aunque su efecto sea más que pobre. La respuesta puede encontrarse – así lo creo – cuando se acepta y se completa con ayuda de las reflexiones del filósofo escocés Bryce Gallie de los años 50, que buscaban aclarar por qué tales conceptos son “esencialmente contestados” (Gallie 1956: 167-198). A ello dedicaré brevemente la segunda parte de mi contribución; aquí mostraré que, de igual modo, hay que concebir la “modernidad” como un concepto disputado.

* * *

Gallie menciona siete condiciones básicas que deben darse cuando se quiere hablar de un “concepto esencialmente contestado”. *Primera*, el concepto no debe ser un valor neutral, sino que debe apuntar a un rendimiento, una conquista que se estime en general – debe ser *appraisive*” (Gallie: 171). *En segundo lugar*, esta conquista o rendimiento debe ser internamente complejo y la estimación de valor positivo debe extenderse al complejo en su conjunto. *Tercero*, las partes de la conquista compleja pueden definirse de forma diferente y, en referencia a su significado, no aportan una jerarquía precisa. *Cuarta*, la estimación de valor atribuida puede modificarse según las circunstancias, debe ofrecer también una cierta apertura, por no decir: arbitrariedad. *Quinta*, cada parte que interviene en el debate sobre la definición de este concepto es consciente de que los propios criterios de la parte contraria son puestos en cuestión, pero también sabe que los criterios totalmente ajenos de la competencia tal vez no son totalmente absurdos (Gallie: 171 y ss.). *Sexta*, en lo relativo al concepto existe un tipo de ejemplar original incuestionado respecto al cual, sin duda, se pueden discutir todas las divergencias. Y finalmente, *séptima*, existe consenso de que la controversia constante en torno al concepto en realidad no afecta la posición incuestionable del original (Gallie: 180). Gallie demostró la idoneidad y la viabilidad de su lista aquí expuesta en diferentes conceptos con los que analizó el “arte”, así como la “democracia”, la “religión” y la “justicia social”.

Cuando en 1956 Gallie llevó al papel sus pensamientos, se había propuesto considerar precisamente la emergente teoría de la modernización y el debate en aquel entonces en fase inaugural sobre la “modernidad” y sobre las sociedades “modernas”. No lo llevó a cabo porque él, como filósofo, no estaba especialmente interesado en los conceptos de las ciencias sociales. Con todo, se pone en evidencia la fecundidad de los pensamientos de Gallie para los contextos

sociológicos, como quiero mostrar ahora en referencia al concepto de “modernidad”.

Ad 1) “Modernidad” como rendimiento y conquista cargada de valor: a pesar de los debates sobre la llamada postmodernidad queda sin debatir el hecho de que los actores relevantes *quieran* seguir utilizando el término “modernidad” en todas las partes del mundo ahora como en el pasado. El concepto es un término directriz normativo no sólo en Occidente, ya que se evidencia que la academia china de las ciencias también ha dibujado con su China más reciente, *China Modernization Report Outlook*, la deslumbrante imagen de la “modernidad” y de los procesos desplegados en ella con una total ausencia de compromisos: tal vez nunca como hasta ahora se había puesto de relieve tanta ingenuidad, ni tan siquiera en el MIT bostoniano en los años 50 y 60 (Chuanqui 2010).

Ad 2) Lo que sea la “modernidad” en particular sigue siendo difuso. Ahora es evidente que se trata de un complejo cultural e institucional ciertamente intrincado cuyas partes se han valorado con frecuencia de forma positiva. ¿Quién no querrá el crecimiento del bienestar? ¿Quién no da por buena la liberación respecto al paternalismo religioso? ¿Quién no abogará por la imposición del principio de rendimiento? ¿Quién no valorará las bondades del estado del bienestar? ¿Quién no aprobará la precisión del derecho? A buen seguro hay zonas sombrías en la “modernidad”, la violencia y la barbarie, la opresión, el extrañamiento, la aceleración incansable. Sin embargo, ¿quién quiere o puede ofrecer algo distinto ante las zonas sombrías de la “modernidad”? En el debate existe *otra* “modernidad”, la “superior”, “tardía” o “segunda modernidad”, en la que las partes de los fenómenos de la modernidad recientemente transcurrida sólo se transforman ligeramente o se disponen de manera ligeramente distinta.

Ad 3) Lo que siempre es de valor en la “modernidad” se encuentra en numerosos fenómenos y procesos institucionales y culturales en disposición de ser elegidos: todos ellos son difícilmente jerarquizables. ¿El “capitalismo moderno” no es absolutamente central y más importante que todo lo demás? O ¿no lo es, por otra parte, el “individualismo” y la “cultura” convertida en algo autónomo? Y ¿qué es la “diferenciación funcional”, si no el proceso auténticamente paradigmático?

Ad 4) La estimación de la “modernidad” no fue siempre idéntica, tal vez en sintonía con la apreciación fluctuante que el concepto de “modernización” ha experimentado: la retórica de la modernización fue abrumadora en los 50 y 60, el discurso sobre los límites del crecimiento dominó el trasfondo en los años 70 y 80 antes de que se anunciara la quiebra del bloque soviético. Los debates intelectuales sobre la modernidad eran y son semejantes a las propensiones de la

coyuntura: cuando los rechazos sociales eran moneda común o amenazaban, de esa manera se podía incidir en los riesgos de la “modernidad”, cuando imperaba la normalidad, se destacaban sus oportunidades y posibilidades. Pero las estimaciones positivas como negativas de la “modernidad” también pueden darse al mismo tiempo – es lo que se constata en diferentes regiones del mundo, cuando se compara en la actualidad el discurso de la modernidad tan desencantado en Europa Oriental como el tratamiento totalmente distinto, casi eufórico, en la China actual.

Ad 5) Así mismo, queda por discutir el hecho de que se pueden unir los optimistas y pesimistas en el concepto de modernidad. En el “Gran Hotel Abismo” se puede hablar sobre la “modernidad” como en el Banco Mundial: aquí se habla de la “dialéctica de la Ilustración” y la dialéctica de la “modernidad”, allí de problemas de transición y de transformación. Nadie negará de estos campos, que hay zonas sombrías y bendecidas de la modernidad. Lo que queda por debatir, en todo caso, es el diferente peso de lo positivo y lo negativo en la balanza.

Ad 6) El ejemplar original no debatido de la “modernidad” es la “modernidad” nor-atlántica, la del período de los siglos 19 y 20, cuando esa región conformó un sistema de instituciones y una cultura democrática que fueron ejemplares y nunca sufrieron crítica exterior⁶. De igual modo, cuando no existe consenso sobre el modo de describir con precisión este complejo institucional y cultural, sobre si no existieron también grandes diferencias entre Europa occidental y Norteamérica apenas se duda de que esa región fue “moderna” en los siglos 19 y 20. *Existe*, de igual modo, la normalidad de la “modernidad” norteamericana-europeooccidental frente a lo cual pueden aparecer todas las demás como desviaciones, rutas especiales, rezagadas, etc.

Ad 7) En qué medida hoy se discutirá sobre la “modernidad” de la India o China, con qué intensidad se dirime precisamente sobre si se observa la dinámica de la “modernidad” hoy precisamente en estas partes del mundo, en estos casos también rige la posición ejemplar del modelo originario de la “modernidad”, el europeo-norteamericano, que apenas se resiente.

⁶ Hay que observar que este “original” conllevaba normalmente elementos de ficción, ya que, cuando se hablaba de la sociedad “moderna”, se tenía en la cabeza una mezcla, de algún modo, imaginaria, de las mejores partes del diseño de las instituciones de los Estados Unidos de América y europeo-occidentales. Esta imprecisión imaginaria también permitió hablar de “ruta especial” en Europa y diagnosticar, a este respecto, divergencias de la “modernidad”.

Se puede y se debiera añadir ahora a este enumeración aún otro punto que en el debate reciente predominante sobre las ciencias de la historia a mi juicio ha ganado en importancia y que se retrotrae de nuevo al inicio de mi contribución, a la observaciones de Petrarca y Danto. A mi entender, no son sólo estos siete puntos los que convierten a la “modernidad” en un “concepto esencialmente contestado”. Aún es más importante el hecho, en sí trivial, pero en gran medida desatendido, de que los actores políticos estuviesen involucrados siempre en la lucha en torno al concepto de la “modernidad”, de que también las descripciones de la “modernidad” no son mera expresión de ocupaciones científicas inocentes. Como el surgimiento de la teoría de la modernización y del debate sobre la modernidad sólo es suficientemente conocido en tiempos de Guerra Fría⁷, me quiero referir brevemente a dos fenómenos relacionados con el discurso sobre la modernidad, pero muy poco clarificados, con los cuales se hace visible, de golpe, en qué medida los análisis respectivos son también siempre autodescripciones, en qué medida los conceptos empleados a tal fin también son siempre conceptos de lucha.

Respecto al primer ejemplo: en las ciencias sociales se considera comúnmente la diferenciación de mercado y estado como expresión de “modernidad” y las primeras afirmaciones al respecto se aprecian o se celebran aún hoy en la descripción histórica de las disciplinas específicas. De cualquier modo también es comprensible, e incluso ingenuo, considerar los análisis propuestos por Adam Smith en *La riqueza de las naciones*, y enormemente influyentes en el curso postrero de las ciencias sociales, como meras descripciones de un aspecto importante de la “modernidad”. Esto lo ha puesto de manifiesto de manera muy acertada hace pocos años Istvan Hont, uno de los historiadores más renombrados de la “Cambridge School of Intellectual History”. Su *Jealously of Trade* inaugura una forma desconocida de mirar a esa obra central de la economía política y las ciencias sociales en su fase inicial, sin embargo muestra la estrecha relación existente entre las reflexiones de Smith y David Hume y la capacidad de supervivencia militar de los estados. De manera convincente Hont describe que el libro de Smith no ha tratado preponderantemente “sobre la paz perpetua”, sino sobre la “estrategia económica competitiva” (Hont, 2005: 8). No es un accidente –según Hont– que el destacado capítulo I del libro quinto (“De los ingresos del soberano o del estado”) comience rápidamente con reflexiones sobre “los gastos de la defensa de la tierra” y continúe con meditaciones sobre el desarrollo simultáneo o paralelo de estructuras sociales y militares. Y tampoco es un accidente que el último párrafo del primer capítulo de este capítulo termine con

⁷ Ver recientemente David Ekbladh (2010)

las siguientes palabras: “En la guerra moderna el alto coste de las armas de fuego confiere una evidente ventaja a la nación que esté en mejores condiciones de sufragar ese coste, y en consecuencia a una nación rica y civilizada frente a una pobre y bárbara” (Smith 1999: 600). Según Hont, la argumentación de Smith en *La riqueza de las naciones* no sólo supone un intento de una interpretación descriptiva de las estructuras centrales de una sociedad de mercado (“moderna”), ni una mera reflexión teórica sobre la eficiencia económica, sino una empresa política de calado – impregnada por el contexto militar de “su” país y su tiempo. Si se quiere sacar punta a esto, *La riqueza de las naciones* de Smith era un informe sobre la imposición de una forma totalmente específica de diferenciación entre estado y mercado para incrementar la capacidad competitiva internacional y concretamente militar del estado, en este caso, el británico. Sin embargo, se formula en términos generales y, en este sentido, también podría preguntarse con una intención provocadora si los debates que se remontan hasta Aristóteles sobre la sociedad burguesa y sobre la diferenciación supuestamente prototípica de la modernidad entre el estado, la sociedad burguesa y el mercado, tal y como se ha elaborado específicamente en la historia de los conceptos (Riedel 1975: 719-800), no eran, tal vez, meras reacciones a las transformaciones de la historia real y algo más que sólo una mera expresión del estamento intelectual interesado en la descripción y el trabajo teórico, sino, en primer lugar, intervenciones políticas concretas en una situación igualmente política concreta.

Una pregunta de esta naturaleza únicamente puede aparecer descabellada e intrascendente para quienes consideran la conceptualización sociológica como neutral e “inocente” de antemano. Pero semejante candidez no podría más que poner en evidencia, como también quiero mostrar en un segundo ejemplo, el hecho de que la separación tan típica como necesaria entre estado y religión de la “modernidad” presuntamente se refiere a la secularización que, como proceso parcial de la “modernización”, caracteriza genuinamente a esta “modernidad”. Como recientemente ha puesto de relieve con mucho tino el historiador Manuel Borutta, puede ser muy provechoso considerar la teoría de la secularización como parte de una teoría de la “modernidad”, no como explanans, sino como explanandum, ya que los intelectuales críticos de la Iglesia y anti-católicos que en Italia y Alemania del s.19 formularon sus tesis nunca exentas de debate para la promoción de sus proyectos y planes totalmente particulares, encontraron entrada sin demasiada resistencia en el contexto de las teorías y del saber general

de la sociología⁸. Si se sigue a Borutta, no debiera preguntarse, en primera instancia, si la teoría de la secularización explica los procesos de debilitamiento de la Iglesia, de pérdida de la fe, etc.; parece mucho más interesante la pregunta por los motivos políticos que empujaron a los actores históricos a formular las teorías de la secularización y las razones por las que tales teorías, en ningún caso indiscutibles – formuladas por actores partidistas –, pudieron imponerse con la pretensión de validez atemporal.

Si se quisieran sintetizar los análisis tan diferentes de Hont y Borutta en referencia a su tendencia metódica y remitir al debate sobre la “modernidad” como un todo, de eso resulta un *octavo* punto, que puede dar razón de por qué la modernidad es un “concepto socialmente contestado” y, por ello, el debate difícilmente pudiera concluir. Yo quiero formularlo así y con ello – para concluir – recurrir a los argumentos de la sociología y la ciencia histórica, que evocan a Bielefeld como el lugar del encuentro en el que ha surgido esta contribución. Todos estos “M”-términos – “modernización”, “modernidad”, “sociedad moderna”, “modernidades” – son, como ha expuesto el luhmanniano Armin Nassehi con referencia a las ideas de Reinhart Koselleck (Koselleck 1979), “conceptos asimétricos” (Nassehi 2003: 155), conceptos que rápidamente despiertan la comparación entre sociedad “moderna” y “no-moderna”, entre la “modernidad” y épocas “no-modernas”. Pero como estos “M”-términos se definen y se establecen sin claridad (esto obedece a los puntos recién mencionados de Gallie), sus sociedades de referencia y sus espacios de referencia en ningún caso se exponen de manera inequívoca, de modo que se prestan nítidamente a la polémica y la distinción. A mi entender, la sociología haría bien (pero tal vez no sólo ella) en analizar el concepto de modernidad como un cometido de auto-atribución y atribución externa y no buscar ya más la esencia de la “modernidad” porque – y aquí retorna de nuevo el ejemplo de Petrarca aludido al inicio – los analistas siempre han intervenido inmediatamente en la disputa en torno a su propia época. Semejante aproximación realizada, desde el punto de vista de la sociología del conocimiento, a los fenómenos de la “modernidad” y de las “modernidades”, también aparece, por ello, recomendada ya que, una mirada más allá de los límites de la disciplina, muestra que predominan sobre el asunto representaciones diferentes de lo que ha de entenderse por “modernidad”, que van desde la teoría de la arquitectura pasando

⁸ Borutta, M. (2010: 273-276). Una tendencia ya se encontraba también en el libro de Michael B. Gross (2004). Esta referencia literaria se la debo a Rebekka Habermas .

por la ciencia de la literatura comparada hasta los “Area Studies”⁹. Con el concepto de modernidad, no sólo se pueden obtener avances en la distinción política, de igual modo pueden trazarse las fronteras de las disciplinas. La “modernidad” es, por todo ello, antes un concepto de lucha que un concepto analítico – esta sería mi tesis brevemente expuesta.

BIBLIOGRAFÍA

- “Historians and the Question of “modernity” (2011): *The American Historical Review*, 116, pp.631-751.
- BEIER, A.L, CANNADINE, D y ROSENHEIM, J.M. (eds.) (1989): *The first modern society. Essays in English history in honour of Lawrence Stone*, Cambridge, Cambridge UP.
- BORUTTA, M. (2010): *Antikatholizismus. Deutschland und Italien im Zeitalter der europäischen Kulturkämpfe*, Göttingen, Vandenhoeck&Ruprecht.
- BURCKHARDT, J. (1997): *Die Kultur der Renaissance in Italien*, Frankfurt, Insel
- BURKE, P. (2000): *Kultureller Austausch*, Frankfurt, Suhrkamp.
- CHUANQUI, H. (2010): *China Modernization Report Outlook (2001-2010)*, Pekin, Pekin UP.
- DANTO, A.C. (1980): *Analytische Philosophie der Geschichte*, Frankfurt, Suhrkamp.
- EISENSTADT, S. (2000): *Die Vielfalt der Moderne*, Weilerswist, Velbrück.
- EKBLADH, D. (2010): *The Great American Mission. Modernization and the Construction of an American World*, Princeton/Oxford, Princeton UP.
- GALLIE, W.B. (1956): “Essentially Contested Concepts”, en *Proceedings of the Aristotelian Society*, pp.167-198.
- GROSS, M.B. (2004): *The War against Catholicism. Liberalism and the Anti-Catholic Imagination in Nineteenth-Century Germany*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
- HONT, I. (2005): “Jealousy of Trade: An Introduction”, en I.H, *Jealousy of Trade. International Competition and the Nation-State in Historical Perspective*, Cambridge, Harvard UP, pp.1-156.

⁹ Colaboro en la actualidad con Friedrich Jäger y Ute Schneider en un proyecto editorial precisamente sobre la tematización y la teorización de la “modernidad” diferenciada en *disciplinas especializadas*.

- KNÖBL, W (2003): "Theories that Won't Pass Away: The Never-ending Story of modernization Theory", en *Handbook of Historical Sociology*, editado por G.Delanty y F.Engin, Londres, Sage.
- KOSELLECK, R. (1979): *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Frankfurt, Suhrkamp.
- LAKE, M. y REYNOLDS, H. (2008): *Drawing the Global Colour Line: White Men's Countries and the International Challenge of Racial Equality*, Cambridge: Cambridge UP.
- LICHTBLAU, K. (1996): *Kulturkrise und Soziologie um die Jahrhundertwende. Zur Genealogie der Kulturosoziologie*, Frankfurt, Suhrkamp.
- MERGEL, Th. (1997): "Geth es weiterhin voran? Die Modernisierungstheorie auf dem Weg zu einer Theorie der Moderne", en *Geschichte zwischen Kultur und Gesellschaft. Beiträge zur Theoriedebatte*, editado por Th.Mergel y Th.Welskopp, Munich, C.H.Beck.
- NASSEHI, A. (2003): *Geschlossenheit und Offenheit. Studien zur Theorie der modernen Gesellschaft*, Frankfurt, Suhrkamp.
- PETRARCA, F. (2010); *Die Besteigung des Mont Ventoux*, (Lateinische/Deustch), Stuttgart, Reclam.
- RANDERIA, S. (2003): "Entangled Histories or Uneven Modernities: Civil Society, Caste Solidarities and Legal Pluralism in Post-Colonial India", en *Unraveling Ties. From Social Cohesion to New Practices of Connectedness*, editado por Yehuda Elkana, Frankfurt/New York, Suhrkamp.
- RECKWITZ, A. (2006): *Das hybride Subjekt. Eine Theorie der Subjektkulturen von der bürgerlichen Moderne zur Postmoderne*, Weilerswist, Velbrück.
- RIEDEL, M. (1975): "Gesellschaft, bürgerliche", en *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland (Vol.2)*, editado por Otto Brunner, Werner Conze y Reinhart Koselleck, Stuttgart, Klett-Cotta.
- ROSA, H. (2004): *Beschleunigung. Die Veränderung der Zeitstrukturen in der Moderne*, Frankfurt, Suhrkamp.
- SCHNEIDMÜLLER, B. (2011): *Grenzüenerfahrung und monarchische Ordnung. Europa 1200-1500*, Munich, C.H. Beck.
- SMITH, A. (1999): *Der Wohlstand der Nationen. Eine Untersuchung seiner Natur und seiner Ursachen*. Munich, dtv.
- STARN, R. (2002): "The Early Modern Muddle", *Journal of Early Modern History*, 6.

- SUBRAHMANYAM, S. (1997): "Connected Histories: Notes towards a Reconfiguration of Early Modern Eurasia", en *Modern Asian Studies*, 31
- THERBORN, G. (2003): "Entangled Modernities", en *European Journal of Social Theory*, 6.
- WAGNER, P. (1995): *Soziologie der Moderne. Freiheit und Disziplin*, Frankfurt/New York, Campus.
- WAGNER P. (2001): *Theorizing Modernity. Inescapability and Attainability in Social Theory*, Sage, Londres.
- WAGNER, P. (1999): "Die Modernität der sozialen Welt", en *Soziale Welt*, 50, pp.449-458.
- WEBER, M. (1988): *Die protestantische Ethik und der Geist des Kapitalismus*, Tubinga, Mohr Siebeck.

Recibido: 12 de mayo de 2015

Aceptado: 11 de junio de 2015

Wolfgang Knöbl es en la actualidad Director del *Hamburger Institut für Sozialforschung* y Profesor de Sociología en la *Georg-August-Universität Göttingen*. Entre sus líneas de investigación destacan la teoría social, la historia de la sociología, la sociología histórica comparada, la sociología política y la sociología de la guerra y la violencia. Sus publicaciones más relevantes son *Spielräume der Modernisierung. Das Ende der Eindeutigkeit* (Weilerswist, 2001) y *Die Kontingenz der Moderne. Wege in Asien, Europa und Amerika* (Francfort del Meno, 2007). Así mismo, el libro coeditado con Hans Joas *Sozialtheorie. Zwanzig einführende Vorlesungen* (Francfort del Meno, 2004) aparecerá próximamente en lengua española.